

EL MURO

No sé si fué verdad o si es un sueño,
o si los dos se mezclan, detrás de la memoria,
para herirme, volviendo ante mis ojos...
...Yo andaba junto a un muro,
un tristísimo muro de ladrillo,
de hiladas infinitas que huían a juntarse.
Y era una larga calle de suburbio.
Agrias gentes volvían, cansadas del trabajo,
tropezándose, hablando incomprensibles...
Yo andaba a contrarrio, andaba siempre,
con esa apresurada lentitud de los sueños.
No se acababa el muro.
Me quedaba el recuerdo muy lejano
de que al fin de la calle habría una ciudad...
Y las secas hiladas de ladrillo
fluían, fugitivas, a lo lejos...
Era el ocaso. El muro me envolvía en su sombra
como un rápido mohó que creciera a su pie.
...¿Quién era yo? ¿Existía acaso un mundo?
La vida, de repente, era algo extraño...

...Pero en medio de la gris avenida
una hilera de plátanos
guardaba en su follaje, como un ave cansada,
todo el sol de la tarde de septiembre,
que sacaba a las hojas su amarillez oculta,
su barrunto de muerte...
Era una luz amada y conocida,
vieja luz de los días inocentes,
cuando el mundo era amigo;
consoladora luz, como nombre de madre,
como memoria de unas palabras cariñosas,
o una flor en un libro
que nos hizo llorar cuando éramos felices;
como las dulces cosas
de alguien que nos quería y se murió...
Era el sabor de un beso recordado
que acompaña y calienta al caminante...
Era la gran sonrisa del Señor en la infancia,
llegada hasta aquel mundo hostil y sin memoria
como el único hilillo de mi origen,
al borde de la nada...

...Luego se borró todo de improviso;
el muro de ladrillo, la avenida,
la palabra divina entre las hojas...

JOSE M.^a VALVERDE

SUSPIROS

ASI LO CUENTAN LAS VIEJAS...

I

En el cielo, Señor, tan alto cielo,
tan alto corazón, tan puras aguas
para esta sed de tí que me amanece,
para este día que supura el alba.

¡Mi vida!, desterrada de la vida
es un cristal herido por el hacha,
de soles se ilumina, falsos soles
que ciegan, sin querer, mis esperanzas.

A tu nombre mis ojos y mis brazos
en oración, Dios mío, se levantan,
que quisieran tocarte como el árbol
te toca en primavera con las ramas.

II

Escucharte de azul amanecido
por esta lejanía solitaria,
que caminos se cortan y aparecen,
aunque lejos, detrás de las montañas.

Escucharte, Señor, dentro, en mi sueño,
tu voz sobre mi voz en lluvia plácida,
beberte el aire, tan querido y dulce,
jugo amoroso en flor, de tus palabras.

Te veo cada día, cada noche,
en todos los instantes pues me labras.
Pero, Señor, si intento yo cogerte
eres la luz que de mi mano escapa.

Crece en mi sed el ansia por quererte
y la lengua se me hace pura llama.
Esta pasión por tí, que a tí me lleva,
es cofre abierto de palomas blancas.

Si—viento—intento olerte
como un perfume por el cielo pasas.
Y yo me quedo en mis instintos, solo,
temblando y loco, bajo costra amarga.

Jesús DELGADO VALHONDO

(TRADICION)

Para don Enrique Montenegro,
con cariño.

Del amor... capricho fué.
Por eso sacó su manto:
era de armiño bruñido,
y reflejos nacarados.
¡Guapísimo estaba Gredos,
con el turbante tan blanco!

* * *

Por cierto lo doy; pues cuentan
que una Sultana del Darro,
—nacida en el «Albaicín»—
vino hasta aquí en su caballo.
—«¡Por Alá!—dijo extasiada
a don Gredos contemplando—
En toda mi morería
no hay un mozo tan gallardo,
y si tú quieres te doy
mi palabra de casarnos».

Una triste historia cuenta...
que el galán no ha contestado.

* * *

La Sultana se acicala
y anda al mozo requebrando;
cristiano es Gredo y la mira
compasivo y humillado.
Ella, arde en sus amores;
él, váse ya enamorando.
Si la llevó o no a la Iglesia,
es secreto del arcano.

* * *

Murió la Sultana un día
a sus plantas suspirando;
Gredos, besóla rendido
en la albura de su manto,
y sobre su efigie yerta...
¡juró de no ser casado!

* * *

Así lo cuentan las viejas
de estos contornos serranos,
y dicen que moro es Gredos
aunque naciera cristiano;
porque ven que en el invierno
la arropa en su manto blanco,
y el «turbante» se coloca
como en recuerdo sagrado.

J. RAMOS APARICIO.